

1.2 Más allá de la arquitectura

por Fernando de Terán Troyano, arquitecto. Director del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio.

No importa repetirlo otra vez. Es más, no hay que perder oportunidad de hacerlo: sólo desde el conocimiento profundo de lo pensado, de lo ensayado y de lo ocurrido, se puede estar en condiciones de pensar y de ensayar formas útiles de incidir sobre lo que ocurre y puede ocurrir. Cualquier reflexión sobre el futuro del planeamiento urbano, como la que aquí se me solicita, exige siempre como punto de partida, la asimilación e interiorización del análisis de la experiencia anterior más próxima, en cuya parcial adopción y en cuyo parcial rechazo, se fundamentará cualquier nueva aproximación a la construcción disciplinar.

Desde el mirador del fin de siglo podemos contemplar con perspectiva, esa fascinante peripecia histórica que es la construcción de la ciudad moderna, tanto en sus manifestaciones de proceso desbordante, como en su dimensión de aspiración, más o menos lograda, de proyecto configurador.

Manifestación de proceso, como resultado de un complejo conjunto de múltiples lógicas, estrategias e intereses, que actúan independientemente, condicionándose y distorsionándose mutuamente. Y aspiración de proyecto, en la medida en que, en ocasiones, aparece y se deja ver a través de su huella en la ciudad, la voluntad de organizar intencionadamente ese proceso, orientándolo con una finalidad, de acuerdo con una idea.

Y desde ese doble punto de vista, podemos comprobar que lo que caracteriza, dentro de la historia del urbanismo, al siglo que ahora acaba, es que, frente al proyecto de ciudad nueva y a los proyectos parciales de partes nuevas de ciudad, que eran anticipaciones acotadas, de carácter fundamentalmente físico, cuyos resultados quedaban englobados en el proceso, asumidos, digeridos y reelaborados dentro de él, se ha introducido y se ha desarrollado, a lo largo de este siglo, la idea del proyecto global de toda la ciudad, antigua y nueva conjuntamente, dentro de un intento de prever y articular anticipadamente no sólo una configuración de los hechos físicos, del objeto arquitectónico ampliado, si no de todo el proceso completo, es decir, de la propia historia futura de la ciudad.

Poseemos ahora un buen conocimiento de cómo se ha desarrollado la aventura intelectual de esa ambiciosa forma de proyecto global, que ha intentado incorporar, a su modo, el proyecto de la dimensión histórica al proyecto de la dimensión física y que, forzado por ello a cambiar su propia naturaleza, necesitó recurrir a las colaboraciones extraespaciales de las ciencias sociales y cambiar su nombre por el de plan.

Pero gracias también a ese mismo conocimiento, sabemos que el intento incluía en sus fundamentos una importante equivocación, que confundió historia con evolución natural, con toda la carga de determinismo que ello implicaba, frente al carácter impredecible de la sucesión histórica.

Porque ocurre que la historia no es proyectable, ya que los acontecimientos históricos, ni son predecibles ni apenas condicionables, porque no se desarrollan en un universo reglado y determinado como el de la naturaleza y difícilmente permiten su condicionamiento proyectivo, configurador, como si sólo se tratase de actuar sobre materia moldeable, edificable, espacialmente organizable.

Por eso, en un cierto momento, esa aventura desembocó en la constatación de una contradicción: la de plantear como predecible lo que no lo es y montar toda una metodología, la del proyecto global, la del planeamiento integral, basada en una predictibilidad histórica inexistente.

Sabemos ahora que esa es una buena parte de la historia del planeamiento, que arranca a principios de siglo, con un “período arcaico” caracterizado por la ingenua pretensión de *trazar* el proyecto de la ciudad como un “retrato anticipado”, fijo y exacto, de su futura situación, haciéndolo coincidir con la imagen deseada. Y que acaba en la no menos ingenua de pasar del trazado a la *previsión integral* del desarrollo urbano completo, con todas sus implicaciones sociales y económicas, que fue la gran ilusión de la primera parte de la segunda mitad del siglo.

Y, como ya ha sido analizado, la percepción de esa grave contradicción y de sus efectos invalidadores, produjo luego un intento de inversión de la historia, una verdadera vuelta atrás, que pretendía salvar la contradicción con la simple negación del proyecto global, es decir, del planeamiento integral, regresando a la dimensión puramente física y renunciando a proyectar la historia. Actitud esta que, como es sabido, cosechó considerable audiencia, convirtiéndose en la profesionalmente predominante durante las décadas recientes, con apoyo en el éxito que proporcionaban los brillantes resultados parciales inmediatos y en la satisfacción que daba a la fijación formalista de toda una profesión. Pero actitud, en realidad, extremadamente reduccionista que, si siempre manifestó sus notables insuficiencias, al despreciar aspectos fundamentales de la realidad urbana completa, que no pueden ser tratados sólo en función de parámetros formales, hoy revela más claramente aún esa insuficiencia, al ser contrastada con la nueva dimensión que adquiere cada vez más el fenómeno urbano que, aún sin aumentos demográficos significativos, sigue extendiéndose difusamente y demandando espacio creciente, constituyendo parte fundamental del nuevo modo de manifestarse la ciudad, cuyo tratamiento no puede esperarlo todo sólo a través de proyectos parciales.

Y así, la situación actual, mirando hacia el futuro y una vez hechas estas constataciones, puede caracterizarse como un momento de intensa reflexión crítica, de ideación y de experimentación, que busca nuevas formas de abordar el problema en toda su dimensión, desarrollándose en los ámbitos académicos y profesionales más sensibles una interesante experiencia de enfoques complementarios y alternativos que configura un panorama metodológico y conceptual plural, que en gran medida, asienta su fundamento en el análisis y valoración de lo pensado y ensayado en las últimas etapas.

Dentro de él, sin negar la validez, la importancia y la adecuación de la intervención limitada de los proyectos parciales, cuyo interés circunstancial es indiscutible, se plantea la necesidad de intervenir también en el proceso global, a través de formas o instrumentos nuevos que no descansan en la improcedente ambición de predecir íntegramente el futuro, de proyectar

la historia completa de la ciudad. Las propuestas y los ensayos son múltiples y no hay aquí lugar para aludir a todos ellos, si no sólo de dejar constancia de su existencia¹.

Todo esto tiene una importancia fundamental en relación con la enseñanza. Y más si ésta se realiza en una escuela de arquitectura. Porque estas escuelas, en las últimas décadas, han sido especialmente receptivas, defensoras y difusoras de los reduccionismos morfologistas, y han contribuido a obturar las vías para el conocimiento y la comprensión de la verdadera realidad urbana, más allá de la arquitectura y de la propia dimensión de ésta. Vías que es preciso volver a abrir ahora, para que los futuros arquitectos puedan conectarse con una de las más importantes manifestaciones de la civilización actual, que se da en las formas actuales de producirse ese nuevo modelo de ciudad expandida y, de ese modo, pueda aumentarse la presencia profesional en el proyecto de una realidad de cuya configuración no debe estar ausente.

Ciertamente no es este el momento ni el lugar para tratar el tema de las formas de intervención específicas del arquitecto en el proceso de formación de la *ciudad región*, pero si parece llegado ya el de reclamar para él la capacidad de hacerlo, superando la inhibición que le ha caracterizado en las últimas décadas, que le ha llevado a limitarse a la producción de objetos arquitectónicos, extendida a lo sumo al fragmento urbano. Y esa capacidad comienza por el conocimiento y por la comprensión. Por ello, si las escuelas de arquitectura forman adecuada y satisfactoriamente a sus alumnos en el proyecto arquitectónico y en el proyecto urbano del fragmento de ciudad, cada vez está más claro que no pueden seguir dando la espalda a esa otra dimensión de la ciudad que está más allá de la arquitectura. Por eso es necesario producir en ellas una recolocación del tema en el lugar del interés que le corresponde, pues también es una responsabilidad profesional la intervención sobre el proceso urbano territorial. Y a su conocimiento general, a la toma de conciencia del “estado de la cuestión”, debe tener también acceso el futuro arquitecto, antes de terminar su formación académica, antes de producirse su inmersión en el ejercicio profesional, que es el que irá continuando su inacabable formación.

Y hablamos sólo de conocimiento general de un “estado de la cuestión”, pues no puede aspirarse a mucho más dentro del reducido espacio que, en unos estudios dedicados fundamentalmente a la formación de constructores de objetos arquitectónicos, se puede dedicar a la capacitación para actuar en esa otra realidad que está más allá de la arquitectura, que es diferente de la construcción en dimensión y naturaleza. Una realidad que demanda creciente atención para su organización y configuración voluntaria, para asumir su aspecto proyectual frente al meramente procesual. Una realidad en relación con la cual no parece que exista razón alguna para que el arquitecto se inhiba y renuncie profesionalmente, cediéndola a otras profesiones que, para el tratamiento de algunos de sus aspectos, es presumible que tengan menos aptitudes.

Es tiempo pues para reinstaurar en la enseñanza de la arquitectura el conocimiento y la comprensión de que la ciudad no puede ser entendida si no es como algo más que arquitectura, aunque la organización general de los estudios obligue a que, en relación con los aspectos más

¹ Para una visión de ese panorama, véase mi trabajo “Resurgam”, en el nº 1 de la revista *Urban* (Madrid, 1997).

relacionados con el proceso global y su proyecto (y no en los relacionados con el proyecto parcial), los estudios específicamente urbanísticos no puedan dejar de tener un carácter poco más que introductorio y sensibilizador en esas escuelas de arquitectura.

Por ello, dentro de esa idea de formación continuada, cabe plantear precisamente en estos temas, la conveniencia de etapas formativas complementarias y transitorias, parecidas a las que frecuentemente son vividas tradicionalmente por los estudiantes o por los recién graduados, en oficinas profesionales públicas o privadas, donde toman un primer contacto con una realidad diferente de la académica, con una aproximación real a la experiencia profesional cerca del colega-maestro experimentado y conocedor.

Toda esta reflexión está suscitada por la conmemoración de los veinte años de actividad del Seminario de Planeamiento y Ordenación del Territorio que funciona en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid desde 1977. Con este motivo se realiza esta publicación, para la cual se ha solicitado esta colaboración mía, en calidad de Director del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de dicha Escuela.

Ciertamente que el Seminario y el Departamento son realidades independientes, sin relación institucional, ni expresa identificación conceptual, que operan con total autonomía. Por ello sería erróneo pretender que existe una identificación entre ambas, aunque el Seminario desarrolle su labor sólo con la actividad de profesores del Departamento. Pero la celebración de esta conmemoración, proporciona la ocasión para que desde el Departamento se realice, desde luego, y así se haga constar públicamente, una muy positiva valoración de la tarea realizada por el Seminario, tanto en lo que se refiere a los trabajos profesionales y a los trabajos de investigación, como a la importante dimensión formativa que, a lo largo de estos veinte años, ha desarrollado. La amplitud, variedad e interés de los trabajos queda de manifiesto en esta misma publicación y en la exposición paralela que durante el mes de noviembre de 1997 tuvo lugar en la Escuela. Pero la dimensión formativa, más difícil de mostrar y valorar, es algo que, desde el Departamento, debe ser especialmente destacada, pues la Escuela de Arquitectura de Madrid tiene en el Seminario, un excelente instrumento para realizar esa necesaria formación complementaria de la que hablábamos anteriormente y sería necio desperdicio no aprovecharlo, potenciarlo y extraer de él los mejores resultados.

Por eso, si esta celebración es ocasión de apreciar en toda su magnitud la labor realizada, quiero expresar mi deseo de que también lo sea para reafirmar su continuidad y su crecimiento, estrechándose en un inmediato futuro la colaboración entre el Seminario y el Departamento, fluidificándose sus interrelaciones, llegándose tal vez próximamente, a una lógica identificación, en beneficio de la enseñanza del urbanismo y de la labor intelectual que puede desarrollarse a su alrededor. Así lo espero y, en la medida en que me sea posible, haré lo que pueda por facilitararlo.